

fue sacada de la misma roca, como ahora suele hacerse en las puertas de los sepulcros; y el que ahora no aparezca la cueva primitiva, se debe al haber sido quitada por motivo del arreglo y embellecimiento que en ella han hecho los reyes, pues antes sí que existía dicha concavidad. ¿Y dónde está aquella piedra de la cueva? ¿Está acaso puesta en medio de la ciudad, o cerca de los muros, o en los antemuros recientemente construidos? Dícese en los Cánticos: “En la cueva de la piedra, junto al antemuro”.

10. ¿En qué tiempo resucitó el Salvador? ¿En verano o en otro tiempo? En los mismos Cánticos, y cerca de lo que se citó, se halla escrito: “Ya pasó el invierno y las lluvias se fueron; las flores aparecieron en la tierra, y llegó el tiempo de la poda”. ¿Acaso la tierra está ahora llena de flores y se podan las viñas? Mira cómo dice que después de pasado el invierno. Al llegar el mes Xántico o de Marzo, viene pronto la primavera. Pues éste era el tiempo del mes de Nisán, en el que los hebreos celebraban las fiestas de la Pascua; antiguamente en figura, pero ahora en realidad. Este fue también el tiempo de la creación del mundo, pues entonces dijo Dios: “Produzca la tierra la hierba del heno que dé semilla según su especie”; y como ves ahora germinan todas las hierbas. Y así como entonces cuando Dios hizo el sol y la luna, les dio un curso de noches y días iguales, así unos pocos días antes era el tiempo del equinoccio. Entonces dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”.

Esta noble criatura conservó la imagen del Creador por un tiempo hasta que la oscureció por su rebelión.

Así, pues, la misma circunstancia de tiempo en que perdió esto, en esa misma se obró de nuevo la reparación. Cuando ya creado el hombre fue arrojado del paraíso por la desobediencia, por ese mismo tiempo aquel que creyó, por la obediencia fue introducido en él. Así que la salvación se obró cuando la caída, es decir, cuando las flores aparecieron y llegó el tiempo de la poda.

11. El lugar de la sepultura era un huerto, y había allí plantada una viña, lo cual se dice: “Yo soy la vid”. Estaba plantada en la tierra para que la maldición de Adán desapareciese. La tierra estaba condenada a producir espinas y cardos, pues de ella salió la vid verdadera, para que se cumpliese lo que está escrito: “La verdad salió de la tierra, y la justicia se asomó desde el cielo”.

Qué dirá además el que fue sepultado en el huerto? Vendimié

la mirra con mis aromas". Y otra vez: "Mirra y áloes con todos los primeros aromas". Estos son los símbolos de la sepultura, pues se dice en el Evangelio: "Vinieron las mujeres al sepulcro trayendo los aromas que habían preparado, y Nicodemus llevando una mezcla de mirra y áloes". También está escrito: "Comí mi pan con mi miel". Ese pan fue amargo antes de la pasión, pero dulce después de la resurrección. Después de resucitado entró por las puertas cerradas, retrayéndose la fe de los discípulos porque pensaban que era un fantasma. Mas él les dijo: Tocadme y ved; meted los dedos en los agujeros de los clavos, como le decía a Tomás; y como todavía no creyesen por la alegría y admiración, díjoles: ¿Tenéis algo de comida? Y ellos le dieron parte de un pez asado y un panal de miel. Mira cómo se cumplió lo antes dicho; comí mi pan con mi miel.

12. Pero antes de que entrase por las puertas cerradas, ya era buscado por aquellas buenas y fuertes mujeres el esposo y salvador de sus almas. Vinieron, pues, al sepulcro y buscaban al que ya había resucitado; las lágrimas corrían por sus mejillas cuando convenía más alegrarse con los ángeles, por el resucitado. Vino María buscándole como dice el Evangelio, y no le halló; habló con los ángeles, y por fin encontró a Cristo. ¿Acaso esto está también escrito? Dícese en el Cantar de los Cantares: "Sobre mi lecho busqué al que ama mi alma". ¿A qué hora? Sobre mi lecho, por la noche, busqué al que ama mi alma. María, dice el Evangelio, fue cuando aún era de noche. Sobre mi lecho le busqué por la noche; busquéle y no le hallé. Según el Evangelio, dice también María: Se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto. Mas los ángeles la quitaron su ignorancia diciéndola: ¿Por qué buscas al que vive entre los muertos? No sólo resucitó él, sino que también ha resucitado consigo a los muertos. Mas ella no lo sabía; y en su persona dice a los ángeles el Cantar de los Cantares: ¿Habéis visto al que ama mi alma? Poco después, habiendo pasado por delante de ellos (los dos ángeles), encontré al que ama mi alma; le agarré y no le soltaré.

13. Después de la visión anunciada de los ángeles vino Jesús, y dice el Evangelio: He aquí que Jesús se les hizo contradizo, y les dijo: Alegraos, y ellas acercándose se postraron a sus pies. Y dice el Evangelio que se apoderaron de él para que se cumpliese aquello de: "Le agarré y no le soltaré". Débiles eran los cuerpos

de las mujeres, pero fuertes sus almas. La mucha agua no pudo apagar el amor, ni sumergirle los ríos. Muerto estaba el que era buscado, pero no estaba apagada la esperanza de la resurrección. Y el ángel les dijo de nuevo: No temáis vosotras; no lo dijo esto a los soldados, sino a vosotras. Teman éstos para que convencidos por propia experiencia den testimonio y digan: “Verdaderamente era Hijo de Dios: mas a vosotras no os conviene temer, porque el verdadero amor echa fuera todo temor. Y habiendo partido ellas con alegría, pero con santo temor, anunciaron a los discípulos que había resucitado. ¿También esto está escrito? El salmo segundo que anuncia la pasión del Señor dice: “Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor”. Alegraos porque el Señor ha resucitado, pero con cierto temor por causa de la tierra que tembló, y por la presencia del ángel que apareció a manera de relámpago.

14. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían sellado el sepulcro por indicación de Pilatos; pero las mujeres vieron al resucitado. Conociendo Isaías por una parte la torpeza de los príncipes de los sacerdotes, y por otra la fe de las mujeres, dice: “Mujeres que venís de ver la visión, acercaos: porque no hay en el pueblo inteligencia”. Los sumos sacerdotes son privados de entendimiento, y las mujeres lo ven con sus mismos ojos. Y habiendo ido los soldados a la ciudad y contado lo sucedido, les dicen: “Decid que viniendo sus discípulos por la noche, le han robado, estando dormidos nosotros”. Y el mismo Isaías hablando hermosamente, en persona de ellos, dice: “Decidnos y anunciadnos otro error”. Levantóse el resucitado, persuaden a los soldados con dinero, para que digan lo que ellos quieren. Pero esto no les convence a los presentes emperadores. Pues así como los soldados de entonces mostraron la verdad con el dinero, así los emperadores de ahora, han levantado y embellecido la presente iglesia de la Resurrección de nuestro Salvador, en la cual nos encontramos, con oro, plata y piedras preciosas. “Y si esto llegare a oídas del Presidente, nosotros le persuadiremos”. A él le persuadieron, pero no así a todo el resto del mundo.

¿Por qué los guardias de Pedro cuando salió de la cárcel fueron condenados, y los de Jesús no? A aquéllos les fue impuesto el castigo por Herodes, porque no tenían ninguna defensa en su ignorancia; mas éstos, que a pesar de conocer la verdad la ocultaron por el dinero, fueron defendidos por los mismos sacerdotes.

Con todo, pocos judíos creyeron entonces a este engaño, pues todo el mundo obedeció a la verdad. Los que ocultaron la verdad se ocultaron a sí mismos con el olvido; mas los que le recibieron salieron a pública luz levantados por la virtud del Salvador, el cual no sólo resucitó de entre los muertos, sino que resucitó a los mismos muertos. En persona de éstos dice Oseas: “Nos devolverá la salud después de dos días; al tercero resucitará y viviremos en su presencia.”

15. Ya que las divinas Escrituras no convencen a los desobedientes judíos que se han olvidado de todo lo que está escrito acerca de la resurrección de Jesús, podríamos objetarles: ¿Por qué afirmáis, que Elías y Eliseo resucitaron a los muertos, y os oponéis a la resurrección de Cristo nuestro Señor? ¿Es que nosotros que ahora vivimos no tenemos testigos que se hallaron presentes entonces? Pues dadnos vosotros testigos de aquellos tiempos. ¿Que aquello ya está escrito? Pues también esto. ¿Por qué, pues, abrazáis una cosa y desecháis otra? Aquello lo escribieron los hebreos; pues todos los apóstoles eran hebreos. ¿Por qué no creéis a los judíos? Mateo, que era hebreo, escribió su Evangelio en lengua hebrea. El predicador Pablo fue hebreo de hebreos; y los doce apóstoles, todos hebreos; después los quince obispos de Jerusalén fueron asimismo hebreos. ¿Por qué razón mientras admitís vuestras cosas, rechazáis las nuestras que han sido escritas por los de vuestra misma raza?

16. Pero alguno dirá que es imposible resucitar a los muertos. Pero lo cierto es que Eliseo en vida y después de su muerte resucitó a varios. Creemos que Eliseo estando muerto resucitó con su contacto a otro tendido en el suelo. ¿Y Cristo no habrá podido resucitar de entre los muertos? Además, que aquel muerto que tocó a Eliseo resucitó quedando él muerto; mas nuestro muerto resucitó, y otros muchos muertos con él que no le habían tocado.

Muchos cuerpos de los santos que dormían resucitaron; y saliendo de los sepulcros entraron en la ciudad santa (claro está que esta ciudad es la que nosotros habitamos), y se aparecieron a muchos. Eliseo resucitó a un muerto, pero no sometió a todo el mundo. Elías hizo lo mismo, pero los demonios no son lanzados en nombre de Elías. Con esto no queremos empequeñecer a los profetas, sino engrandecer más a su Señor. Porque no es que al disminuir aquello engrandezcamos lo nuestro, sino que el objeto es reafirmar con sus cosas las nuestras.

17. Pero dirán de nuevo: aquel muerto recientemente difunto fue resucitado por uno que vivía. Pues probadnos a ver si puede ser que un muerto y sepultado de tres días pueda resucitar. Buscando un justificante de esto, el mismo Jesús nos lo da en el Evangelio diciendo: "Así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra". Y ciertamente estudiando la historia de Jonás, vemos una completa semejanza. Jonás fue enviado a predicar la penitencia. Jesús lo fue también. Aquél huyó, no sabiendo lo que le había de suceder; pero Jesús se acercó voluntariamente a la muerte para darnos la penitencia de la salvación. Jonás dormía y roncaba en la nave mientras la tempestad se producía en el mar; dormido Jesús, se levantaba, por divina disposición, la tempestad, para que luego se reconociese la virtud del que dormía. Aquéllos le decían a Jonás: ¿Por qué roncas? Levántate e invoca a tu Dios para que nos salvemos. Mas al Señor le dicen: Sálvanos. Allí decían: invoca a tu Dios; aquí: sálvanos. Jonás dijo: Cogedme y arrojadme al mar y se calmará. Jesús increpó al mar y al viento y sucedió una gran bonanza. Aquél fue arrojado al vientre de la ballena; mas éste bajó espontáneamente al lugar donde estaba la inteligente ballena de la muerte, para que ésta vomitase a los que había tragado, según aquello de: "Los libró de las manos del sepulcro y los sacó de entre las garras de la muerte." Llegados a esta parte del discurso, veamos si es menos difícil el que un hombre sepultado en la tierra resucite: o que otro metido en el vientre de un cetáceo no se muera y corrompa a pesar del calor de la digestión del animal. Porque ¿quién ignora que en el estómago se digieren hasta los mismos huesos? ¿Pues cómo Jonás metido durante tres días y tres noches no se corrompió? ¿Y cómo es que no pudiendo el hombre vivir sin la respiración del aire, pudo él resistir y tres días y tres noches? A esto responderán los judíos diciendo: "Mientras estaba metido en el vientre bajó juntamente con él la virtud de Dios". Así que el Señor prestaba la vida a su siervo, y ¿a sí mismo no se la pudo dar? Si aquello es creíble, esto también, y viceversa: aunque para mí ambas cosas son creíbles.

Creo que Jonás fue conservado, pues todo es posible para Dios; pero creo también que Cristo resucitó de entre los muertos.

De esto, muchos testimonios podría sacar, tanto de las Sagradas Escrituras como del mismo que resucitó: el cual bajó solo al sepulcro y volvió acompañado de muchos. Porque él murió, pero muchos de los santos padres muertos fueron resucitados por él.

19. La misma muerte se aterrorizó cuando vio bajar al infierno a un extraño que no estaba ligado por los vínculos propios del lugar. ¿Por qué, oh porteros del infierno, os espantasteis al verle? ¿Qué temor os invadió? Huyó la muerte, y con esta cobarde fuga mostró su timidez. Entonces acudieron a verle los santos profetas, el legislador Moisés, Abrahán, Isaac y Jacob; asimismo David, Samuel, Isaías y Juan Bautista, el cual dice: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? Todos los santos a quienes la muerte había absorbido fueron redimidos: pues convenía que el rey que había sido anunciado fuese el redentor de sus más excelsos prisioneros.

Entonces alguno de los santos diría: ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria; dónde, oh infierno, tu aguijón? A nosotros nos ha libertado el autor de la victoria.

20. El profeta Jonás fue figura de nuestro Salvador cuando, desde el vientre de la ballena, decía: “Clamé en mi tribulación desde el vientre del infierno”. Estaba dentro de la ballena, y, sin embargo, dice desde el vientre del infierno: pues esto significa que era figura de Cristo que más tarde había de bajar al infierno. Y hablando en persona de Cristo, profetizando dice: “Subió mi cabeza a las hendiduras de los montes”. Estando en el vientre de la ballena, ¿qué montes tenía allí? Pero sé, dice, que yo llevo la figura de Aquél que más tarde había de ser puesto en el sepulcro cavado en la piedra. Y a pesar de hallarse Jonás en el mar dice: Bajé a la tierra: porque era figura de Cristo que bajó al corazón de la tierra.

Previendo también el engaño de los judíos, que había de inducir a los soldados a que mintiesen y dijesen: “Decid que le han robado”, dice: “Haciendo caso de lo falso y vano, abandonaron su misericordia”.

Vino, pues, el que tenía misericordia de ellos, y fue crucificado, y resucitó, dando su preciosa sangre por los judíos y gentiles; y ellos dicen: Decid que le han robado; eran falsos y mentirosos.

Acerca de la resurrección, dice Isaías: “Sacó de la tierra al gran pastor de las ovejas”; y dice *grande*, para que no se le juzgase igual que los anteriores pastores.

21. Teniendo, pues, tales profecías, tengamos también la fe segura.

Caigan los que caen por su infidelidad, cuando a ellos les agrade; mas tú, tocante a la resurrección, has sido puesto sobre la piedra de la fe; que ninguno de los herejes te mueva lo más mínimo a dudar de la resurrección. Porque los Maniqueos hasta hoy día dicen que la resurrección ha sido fingida, y no verdadera, a pesar de lo que Pablo nos tiene escrito: "El cual fue hecho de la descendencia de David, según la carne"; y a continuación dice: "De la resurrección de entre los muertos de nuestro Señor Jesucristo". Y de nuevo va contra ellos diciendo: "No digas en tu corazón; quien subió al cielo, o quien bajó al abismo; porque Cristo es el que resucitó de entre los muertos". Otra vez dice: "Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana nuestra fe; y además, somos falsos testigos de Dios, porque testificamos contra Dios que haya resucitado a Cristo, a quien no resucitó. Ahora bien, Cristo resucitó de entre los muertos, como la primicia de todos, y se apareció a Pedro, y a todos los doce apóstoles. Y si no tienes fe en un solo testigo, se te presentan doce. Además, que en una sola ocasión se apareció a más de quinientos hermanos. Si no creen a doce, crean a quinientos. Después se apareció a Santiago, su pariente hermano (2), que fue el primer obispo de esta parroquia o ciudad. Pues si un tal obispo llegó a ver resucitado a Cristo, tú, que eres su discípulo, no debes dudar nada. Pero dirás que su primo hermano Santiago dio testimonio como de obligación.

Después se me apareció a mí, Pablo, su enemigo. ¿Qué testimonio dado por un enemigo se puede tomar en duda? Yo, que antes fui su perseguidor, ahora anuncio la resurrección.

22. Muchos son los testigos de la resurrección del Salvador. Primeramente, la noche y la luz del plenilunio, pues esa noche era la decimosexta; después, la piedra del sepulcro que cubrió a Cristo, y que aún resiste en contra de los judíos, pues al ser removida vio al Señor, y da testimonio de su resurrección estando yacente hasta el día de hoy. Los ángeles que se presentaron dieron también testimonio de la resurrección. Pedro, Juan, Tomás y todos los demás apóstoles, de los cuales unos corrieron al sepulcro y vieron los lienzos en que estuvo envuelto el cuerpo del Señor; otros tocaron sus manos y sus pies y contemplaron el lugar de los clavos; y todos juntamente recibieron el soplo del Señor, por el cual

fueron dotados del poder de perdonar los pecados en virtud del Espíritu Santo.

Testigos son también las mujeres que tocaron sus pies, y vieron la magnitud del terremoto, y el resplandor del ángel.

Hasta las mismas vendas y sábanas con que estuvo envuelto, y que después de resucitado abandonó; y los soldados y su dinero, y este mismo lugar convertido en casa y santa iglesia de Dios por el emperador Constantino, de feliz memoria, y adornado por amor de Cristo con la magnificencia y esplendor que tú ahora ves.

23. También es testigo de su resurrección Tabita, la que en su nombre fue resucitada de entre los muertos.

¿Quién dudará de la resurrección de Cristo cuando hasta su solo nombre resucitó a los muertos? Testigo de la resurrección de Jesús es el mar, como ya lo oísteis; testigo la pesca milagrosa, y los carbones encendidos, y las viandas puestas a asar.

Testigo es Pedro, que primeramente le había negado tres veces, mas luego le confesó otras tantas, y le fue mandado el apacentar las ovejas espirituales. He ahí el monte de los Olivos que aún hoy día muestra a los ojos de todos los fieles el hecho de la resurrección conservando el lugar preciso desde el cual se elevó a los cielos, y la puerta celestial por la cual entró.

Del cielo bajó a Belén y desde el monte de los Olivos subió a los cielos. Desde allí vino a los hombres para comenzar a sufrir; mas, desde aquí, es coronado por sus victorias. Así, pues, ya ves que tienes muchos testigos: tienes el mismo lugar de la resurrección, y el de la Ascensión que está colocado al oriente; tienes a los ángeles, que allí dieron testimonio, y a la nube en que subió y a los apóstoles que bajaron del monte.

30. Y como son muchos los testimonios que sobre esto pudiéramos aducir, bástenos lo dicho por ahora; pero, vuelvo a repetir, que no consiguió esta prerrogativa después de su venida en carne mortal, sino que siendo Hijo de Dios antes de todos los siglos, nuestro Señor Jesucristo tiene desde siempre este trono a la derecha del Padre.

Que el mismo Dios Padre de Cristo, y el mismo Jesucristo, *que bajó y subió*, y ahora está juntamente sentado con el Padre, guarde vuestras almas y conserve vuestra esperanza firme e inmutable en Aquél que resucitó; y a vosotros os resucite también de vuestros pecados al don celestial, y os haga dignos de ser arreba-

tados en las nubes para salir al encuentro del Señor, en el tiempo señalado; y mientras que se sucede la segunda venida gloriosa, os inscriba vuestros nombres en el libro de la vida, y que una vez escritos no se borren jamás (pues muchos de los que caen sí que son borrados). El os conceda creer en Aquel que resucitó, y esperar al mismo que descendió y de nuevo ha de venir.

NOTAS

1. Antiguamente se daba el nombre de martyrium o confessio a todas las iglesias construidas sobre los sepulcros de los mártires; ahora bien, si las de los mártires se llaman así, con mucha más razón se deberá dar ese nombre al sepulcro de Cristo, Cabeza de todos los mártires.

2. Santiago llamado el Menor, era hijo de Cleofás y de María, hermana de la Virgen; por lo tanto, era primo hermano de Jesucristo, según la carne, por parte de las mujeres. Y San Jerónimo nos cuenta que, después de la Cena, hizo promesa de no comer nada hasta ver a Cristo resucitado. Por lo cual Jesucristo se dignó aparecérselo en particular y le ordenó que comiese de nuevo.

CATEQUESIS DECIMOQUINTA A LOS ILUMINANDOS

Segunda Venida de Cristo

Sobre las palabras: “Y vendrá con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos, cuyo reino no tendrá fin.”

1. Anunciamos la venida de Cristo, y no una sólo, sino la segunda, que será mucho más brillante que la primera. Porque ésta fue con muestras de humillación, mas en la segunda será llevando la diadema del reino divino.

Como ya hemos visto, todas las cosas en Cristo tienen como dos facetas; y así tenemos que su nacimiento fue doble; uno de Dios, antes de todos los siglos, y otro de la Virgen, al fin de los siglos; dos venidas: la primera, oscura y sin ruido, como la lluvia que cae sobre el vellón, y la segunda, que será con toda la gloria.

En la primera venida fue envuelto en pañales y puesto en un pesebre; en la segunda vendrá revestido de brillantísima luz. En la primera sufrió la cruz rodeado de ignominia; en la segunda vendrá glorificado y rodeado de un ejército de ángeles. Así, pues, no solamente conocemos su primera venida, sino que esperamos la segunda.

Y así como en la primera dijimos. Bendito el que viene en el nombre del Señor, de nuevo diremos lo mismo en la segunda cuando con los ángeles le salgamos al encuentro y le digamos: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

El Salvador vendrá, no para ser juzgado, sino para llamar a juicio a quienes le juzgaron a El. El que primeramente se calló

mientras era juzgado, dirá ahora a los malvados que durante la crucifixión le insultaban: *Esto hicisteis y callé*. Entonces vino con blandura a enseñar a los hombres el camino de la salvación, pero después, quieran o no quieran, tendrán que someterse todos a su imperio.

2. El Profeta Malaquías habla de su doble venida: "Pronto vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis." Esto lo dice de su primera venida. Mas de la otra dice: "Y el ángel del testamento a quien buscáis." He aquí que viene el Señor Omnipotente, ¿y quién podrá soportar su vista o el día de su llegada?, Porque se acercará como el fuego de un crisol, y como la hierba de los bataneros; y se sentará a purificar y a limpiar." Y en lo que sigue dice el mismo Salvador: "Me acercaré a juzgar y desenmascararé pronto a los hechiceros, y a las adúlteras, y a los que juran en mi nombre con mentira."

Por esto Pablo, queriendo ponernos en alerta, dice: "En aquel día se sabrá, ya que todo ha de ser pasado por el fuego, con qué fundamentos hemos edificado cada cual: si con oro, con plata, con piedras preciosas, o con leña, con hierba, o con pajuelas."

El mismo San Pablo, escribiendo a Tito, nos declara de nuevo las dos venidas diciendo: "Ya apareció la gracia del Salvador para todos los hombres enseñándonos a abandonar la impiedad y todos los deseos mundanos, y a vivir moderada, piadosa y justamente en este mundo: esperando la dicha futura y la aparición de nuestro Dios y Salvador Jesucristo."

¿No ves, pues, cómo nos muestra la primera venida, por la cual da gracias, y la segunda que nos la hace esperar? Por este orden de nuestras creencias es que primero creamos en el que subió a los cielos y se sentó a la diestra del Padre; y luego que vendrá con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos.

3. Vendrá, pues, Nuestro Señor Jesucristo de los cielos, al fin del mundo en el último día. Y entonces se hará la consumación y la renovación de ese mismo mundo. Y porque el hurto, el homicidio, el adulterio, la corrupción y toda clase de pecados se han extendido sobre la tierra, y se ha derramado sangre sobre sangre, para que este admirable domicilio no quede lleno de iniquidad, pasará este mundo y saldrá otro mucho más hermoso. ¿Quieres ver la prueba de esto por medio de los Libros Sagrados? Oye a Isaías, que dice: "Y el cielo será abierto como un libro, y todos los

astros caerán como las hojas de la viña y de la higuera.” Y el Evangelio dice: “El sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán de los cielos.” No nos entristezcamos como si sólo hubiéramos de morir nosotros solos, porque también los astros morirán, y acaso resuciten también. El Señor derrumbará los cielos, no para echarlos a perder, sino para hacerlos de nuevo más hermosos. Oye al profeta David, que dice: “Tú, Señor, fundaste la tierra al principio, y los cielos son obra de tus manos. Estos perecerán, pero tú quedarás en pie.” Pero dirá alguno: Ahí declara abiertamente que perecerán ciertamente. Oye cómo dice que perecerán: “Y todos se harán viejos como el vestido, y los envolverás como con un paño, y serán transformados.” Y así como se dice del hombre que perecerá, según aquello de: “Ved cómo perece el justo y nadie se percata de ello”, aunque se espere en su resurrección, del mismo modo esperamos que sea la resurrección de los cielos. “El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre.” Aprendan los que se han convertido de los Maniqueos, y no conviertan en divinidades a los astros; ni piensen que ese astro que se ha de oscurecer sea el mismo Cristo. Oye de nuevo al Señor, que dice: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”, porque las criaturas son iguales que las palabras del Señor.

4. Pasarán las cosas visibles, y vendrán otras que se esperan más hermosas que ellas; mas el tiempo, que nadie lo desee saber curiosamente. Porque, como dice el Señor: “No os interesa a vosotros saber el tiempo y la hora que Dios ha determinado.” “Y no te atrevas a definir cuando suceda eso, ni tampoco te duermas profundamente.” “Vigilad, porque a la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del Hombre.”

Pero como nos convenía tener presentes las señales del fin del mundo para esperar a Cristo, y para que no muriésemos engañados, ni fuésemos conducidos al error por el Anticristo, movidos por la voluntad divina, y por el sabio consejo de Dios, los Apóstoles se acercaron al Maestro y le dijeron: “Dinos cuándo sucederá todo esto, y cuál será la señal de tu venida y la del fin del mundo.” Esperamos que ha de venir por segunda vez; pero como Satanás se transforma en ángel de luz, adviértenoslo para que no adoremos a otro en lugar de ti. Entonces él, abriendo su dichosa boca, les dijo: “Cuidad de que nadie os seduzca.” Pues de igual modo,

vosotros que me escucháis y que le estáis viendo con los ojos de la mente, pensad que os dice también: “Cuidad que nadie os seduzca...” Las cuales palabras os advierten ya para que preparéis vuestro camino a lo que os hemos de decir. Pues no se trata de la narración de cosas pasadas, sino una profecía de lo que ciertamente ha de suceder; y esto no es que yo lo haya de profetizar, pues soy indigno de ello, sino que simplemente os mostraré y declararé lo que ya está escrito. Y mientras tanto, tú mira lo que ya ha sucedido, lo que resta por suceder, y ponte en guardia.

5. Mirad que nadie os seduzca, porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo, y engañarán a muchos. Y parte de esto ya ha sucedido, pues Simón Mago y Menandro, y otros muchos herejes y enemigos de Dios ya lo dijeron. Y esto lo dirán también en nuestros días, y en los tiempos que vengan.

6. *Segunda Señal.* Oiréis guerras y rumores de guerras. ¿Acaso se trata de la presente guerra entre persas y romanos cerca de la Mesopotamia? ¿Se levantará un pueblo contra otro pueblo, y unas naciones contra otras? “Y habrá hambres y pestes y terremotos por distintos sitios.” Esto ya ha sucedido. Y de nuevo: “Sucedarán cosas portentosas en el cielo y grandes tempestades.”

Vigilad, pues, dice, porque no sabéis el día en que nuestro Señor vendrá.

.....

14. ¿Quién será ése y qué espíritu le animará? Pablo nos lo enseña diciendo: “Vendrá revestido del poder de Satanás y haciendo toda clase de milagros y portentos engañosos.” Con esto nos da a conocer que el Anticristo será como un instrumento en las manos de Satanás, obrando éste por medio de él. Y convencido del fin próximo de su reinado, y de que la hora de su juicio está cerca, ya no se valdrá de sus ministros para hacer la guerra, como de costumbre, sino que él mismo la hará abiertamente, con todos los portentos de la mentira. Pues el que es padre de la mentira, ostentará las obras de la mentira con ficticias apariencias, de tal modo, que el pueblo creará ver resucitados a los muertos que de hecho no lo están; y andar a los cojos y ver a los ciegos, sin haber recibido ninguna curación.

15. El cual se levantará contra todo lo que signifique o se

diga Dios (contra todo Dios: porque el Anticristo ha de odiar también hasta los ídolos), de tal modo que él se sentará en el templo de Dios.

¿En qué templo dice? En el de los judíos, que fue destruido; pues lejos esté, el que se refiere a éste en que nosotros hablamos.

¿Mas por qué decimos esto?

Porque si ha de ir a los judíos como si fuera el Cristo, y ha de querer ser adorado por ellos, él mostrará todo el interés que pueda por su templo para engañarles más fácilmente, y lanzará la idea de que él descende de David, y que reparará el templo construido por Salomón.

Entonces vendrá el Anticristo, cuando en el templo de los judíos no quede piedra sobre piedra, según la frase del Salvador. Pues cuando sean quitadas todas las piedras por causa de la vejez, o de nueva edificación, o por otro cualquier motivo (y aquí se entiende las piedras, no del ámbito exterior, sino del mismo altar donde estaban los querubines), entonces vendrá aquel falsario y obrador de prodigios; primeramente, desechando a los ídolos y mostrando gran humanidad; mas luego, ensañándose cruelmente contra los santos y amigos de Dios.

Dice Daniel: “Yo veía que aquel cuerno hacía la guerra a los santos.” Y de nuevo, en otro lugar: “Será un tiempo de aflicción, y de una aflicción tal, cual no se ha conocido ni se conocerá desde que el mundo ha sido mundo. Será una terrible fiera, un dragón invencible para los hombres, dispuesto siempre a devorar.” Y aunque acerca de esto mucho es lo que podríamos añadir de las divinas Escrituras, contentémonos por ahora con lo hasta aquí dicho.

16. Conociendo el Señor la fuerza de este enemigo, dio una ayuda a los buenos diciendo: “Entonces los que se hallen en Judea que huyan a los montes.” Pero si hay alguno que se sienta capaz de resistir a Satán, quédese (pues yo no desespero de la fuerza y vigor de la Iglesia), y dígase a sí mismo: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? Mas los que somos tímidos, pongámonos sobre seguro, y los que sean esforzados persistan en la lucha. “Entonces la aflicción será tal, que no se habrá conocido cosa semejante desde el principio del mundo, ni se conocerá.” Pero demos gracias a Dios que eso será cosa de pocos días.

Pues se dice: “Que por los elegidos se abreviarán aquellos

días.” Y el Anticristo reinará sólo tres años y medio. Esto no lo deducimos de los libros apócrifos, sino del mismo Daniel: “Le será dado para ejercer su poder un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo”. Un tiempo es lo mismo que un año, en el cual se acrecentará su poder; luego *dos tiempos*, que serán los dos años de la impiedad y que sumados al otro harán tres años, y finalmente, la mitad de un tiempo, que son seis meses. De nuevo vuelve a decirlo el profeta: “Lo juro por el Dios que vive eternamente que esto sucederá en el tiempo, los tiempos y la mitad del tiempo.” Acaso coincidan con nuestra opinión los que han interpretado lo siguiente: “Mil doscientos noventa días”: y también aquello de: “Dichoso el que pueda resistir mil trescientos treinta y cinco días.” Por eso es por lo que será bueno el ocultarse y huir, porque puede ser que aún no se haya terminado de evangelizar a todas las ciudades de Israel, cuando suceda la venida del Hijo del hombre.

17. ¿Quién será entonces aquel dichoso que dé piadosamente la vida por Cristo? Pues yo no dudo en poner sobre todos los mártires, a los mártires de entonces; porque los que lo fueron antes de ese tiempo, no tuvieron que luchar más que con otros hombres; mas esos otros tendrán que hacerlo con el mismo Anticristo en persona. Los reyes que han sido perseguidores no han empleado otros medios que la muerte, pero no simulaban que resucitaban a los muertos, ni mostraban las apariencias de otros milagros y portentos; mas éste juntará al terror la mala intención del engaño, de tal modo que fuesen seducidos los mismos elegidos, si eso fuera posible.

Que a nadie de los que se hallen en esos días se le ocurra decir: “¿Qué más hizo Cristo?” ¿Con qué virtud hace éste todas estas cosas? Si Dios no lo quisiese no lo permitiría.” Pues para esto te anunció de antemano el Apóstol diciendo: “Por esto el Señor les enviará tales ilusionismos, que creerán a la mentira (esta palabra *enviará*, está puesta por *permitirá*), no porque esto les pueda servir de excusa, sino para que sea contra ellos un motivo de condenación.”

.....

32. Oye, además, otra sentencia semejante: “Pues hasta el día presente, cuando es leído Moisés, tienen el velo puesto sobre su corazón.” Ese “hasta el día presente”, ¿se refiere sólo hasta el

tiempo de San Pablo, o también hasta nuestros días y hasta el fin de los siglos? Si el mismo Apóstol dice a los corintios: “Hemos llegado hasta vosotros predicando el Evangelio de Jesucristo, con la esperanza de que vuestra fe, siempre creciente, nos permitirá llevar el Evangelio, hasta las naciones más apartadas que vosotros”, ¿no veis que la palabra *hasta*, lejos de poner un término a la predicción de Pablo indica todo lo contrario? ¿En qué sentido debes, pues, tomar las palabras? “¿Hasta que ponga a sus enemigos?” En el mismo en que Pablo se expresa en otra parte: “Exhortaos unos a otros hasta que este tiempo es llamado día”, es decir, siempre y de continuo.

Porque así como a Cristo no se le puede poner un principio en sus días, de igual modo tampoco se puede sufrir el que a su reino se le ponga fin, pues está escrito: “Su reino es un reino eterno.”

33. Y muchos otros testimonios podría sacar de las divinas Escrituras, acerca de la eternidad del reino de Cristo, pero, por lo avanzado del día, me voy a contentar con lo dicho hasta aquí. Mas tú, que me escuchas, adora a ese único rey y evita todo error, que con la gracia de Dios, todo lo que falta relativo a la fe, os lo iré explicando a su debido tiempo. Y el Dios de todo os guarde a todos, acordándoos de las señales del fin del mundo y permaneciendo invencibles ante el Anticristo.

Ya oíste las señales del gran impostor que ha de venir, y las del verdadero Cristo, cuando venga de los cielos; por lo tanto, huye el mentiroso y espera al que es verdadero.

Ya sabes el camino para que, cuando seas juzgado, te encuentres a la derecha. Guarda el depósito de Cristo portándote con el decoro de las buenas obras, y así, estando confiado en presencia del Juez, conseguirás el reino de los cielos; por quien y con quien la gloria sea dada a Dios juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

CATEQUESIS DECIMOSEXTA A LOS ILUMINANDOS

Del Espíritu Santo

Sobre las palabras: “Y en un Santo Espíritu Paráclito que ha hablado por los Profetas.”

1. Verdaderamente necesitamos de la gracia para hablar del Espíritu Santo, y esto no cual se merece, porque es imposible, sino aunque no sean más que para sacar sin peligro cuanto podamos de las divinas Escrituras.

Con gran temor leemos en el Evangelio lo que dice Jesús: “Quien dijere algo contra el Espíritu Santo no se le perdonará, ni en este mundo ni en el otro.” Y muchas veces se ha de temer que alguien, por ignorancia o por una mal entendida piedad, hable temerariamente, y por eso reciba su merecido castigo. El Juez de vivos y muertos, Jesucristo, es el que ha dicho que no se le perdonará al hombre que blasfemare contra el Espíritu Santo; y entonces, ¿qué esperanza le queda al que tal hiciere?

2. Preciso es, pues, encomendarnos a la gracia de Cristo para que nosotros hablemos sin faltar y vosotros sigáis inteligentemente, porque la inteligencia no sólo le es necesaria al que habla, sino al que escucha también, para que no entienda otra cosa distinta de lo que se dicta. Y no digamos del Espíritu Santo más de lo que ya está escrito, para que no se nos tilde de demasiado curiosos y temerarios. El mismo Espíritu Santo ha sido el que ha dictado las Escrituras, y, por lo mismo, él nos ha dicho de sí mismo lo que ha querido, y lo que a nosotros nos

convenía saber. Así que, digamos lo que él ha dicho, y no nos atrevamos a decir lo que él no dijo.

3. Uno solo es el Espíritu Santo Paráclito. Y así como hay un solo Padre, y no hay otro segundo, y un solo Unigénito Hijo y Verbo de Dios, que no tiene hermano, así uno solo es el Espíritu Santo y no hay otro que le iguale en honor.

El Espíritu Santo, soberano poder, es una cosa divina e incomprendible. El vive, es racional, y el Santificador de todas las cosas que Dios ha creado por su Verbo.

El ilustra a las almas de los justos, y es el que ha hablado por medio de los profetas y de los apóstoles en el Nuevo Testamento.

Por anatema sea tenido todo el que se atreva a dividir la operación del Espíritu Santo. Uno solo es Dios Padre, Señor del Antiguo y Nuevo Testamento; uno es también Jesucristo, que fue profetizado en el Antiguo y vino en el Nuevo, y uno el Espíritu Santo, que por los profetas anunció a Cristo, y después de su venida bajó y le demostró.

4. Que nadie, pues, divida al Nuevo del Viejo Testamento; y nadie diga que uno es el Espíritu del Viejo y otro el del Nuevo; pues ofendería a un mismo Espíritu Santo que es adorado juntamente con el Padre y el Hijo, y que en el santo bautismo le contamos como una de las tres divinas Personas. Porque Jesucristo dijo abiertamente a sus discípulos: “Marchad y enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Con esto no anunciamos tres dioses, y aquí cállense los Marcianitas, sino que con el Espíritu Santo y por un Hijo predicamos a un solo Dios.

18. Isaías, que vivió hace unos mil años, vio a Sión como una vil tienda de campaña, cuando en su tiempo era una ciudad grande y poderosa, y adornada con multitud de plazas; y así dice de ella: “Sión será arada como un campo”, profetizando ya lo que se ha cumplido en nuestros tiempos. Y nota la acertada verdad de la profecía: “La hija de Sión será abandonada como la tienda en la viña, y como la cabaña de guardas en el campo de cohombros”, y verdaderamente que ahora ese lugar está lleno de cohombros. ¿No ves, pues, cómo el Espíritu Santo ilumina a los Santos? No te dejes, pues, llevar hacia otras cosas engañado por el nombre, sino guarda y fíjate bien en lo que hemos dicho.

19. Si alguna vez en tu reino te sobrevienen pensamientos de castidad o de virginidad, hazte cuenta que eso es de él.

Porque, ¿no se han dado casos de jovencitas que estando ya para entrar en el tálamo nupcial se han dado a la fuga, inspirándoles el estado de virginidad? ¿Y otras muchas que, viviendo a lo grande en sus palacios, han despreciado las riquezas y los honores y lo han abandonado todo enseñadas por el Espíritu Santo?

Otras veces un joven, al ver alguna hermosura humana, se ha comprimido los ojos y privado de mirar, para no mancharse el alma. Pues todo esto, ¿cómo lo hizo el joven, sino movido por el Espíritu Santo? Hay tantos deseos de avaricia en el mundo, y, sin embargo, los cristianos siguen la pobreza voluntaria, ¿por qué? Por intimación del Espíritu Santo. Verdaderamente el Espíritu Santo es una cosa preciosa y buena; y con razón somos bautizados en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. El hombre, mientras está rodeado de su cuerpo, tiene que luchar constantemente con muchos demonios, y muchas veces un demonio que no ha podido ser retenido con fuertes cadenas, él sólo, por la virtud del Espíritu Santo de que está dotado, le ha comprimido y domado con unas sencillas oraciones, y el simple sopear del exorcismo se convierte, para ese invisible enemigo, en fuego abrasador.

Dios nos ha dado, pues, un poderoso auxiliador y protector. Ha puesto en su Iglesia un gran doctor y un formidable defensor.

No temamos más al diablo ni a los demonios, pues es mucho mayor nuestro protector; solamente debemos estar alertas para abrirles las puertas de nuestra alma, pues está dando vueltas buscando a los que son dignos de él, y sobre quienes puede derramar sus dones.

20. Se llama también Paráclito y Consolador, porque nos consuela, nos anima y nos fortalece en nuestra debilidad. “Porque como nosotros no sabemos qué es lo que nos conviene pedir a Dios, él mismo intercede por nosotros con gemidos inenarrables”, ante Dios, naturalmente.

Muchas veces tiene uno que tolerar mil afrentas por Cristo, o verse deshonrado, amenazado de tormentos, con el fuego, con la espada, con las bestias, con el precipicio, y de repente se oye la voz del Espíritu Santo, que le anima diciendo: “Aguanta por el Señor; poco es lo que sufrirás ahora y mucho lo que se te dará; por lo tanto, trabaja un poco de tiempo, para que luego puedas

decir eternamente con los ángeles: “No pueden compararse los dolores de este mundo con la gloria que se nos tiene reservada”.

El Espíritu Santo le muestra al hombre el reino de los cielos y el paraíso de delicias, y por eso los mártires, aunque corporalmente se hallan en presencia de los jueces, con su espíritu están transportados en el cielo, y así pueden hasta burlarse de todos los tormentos.

21. ¿Quieres ver que los mártires sufrieron su martirio por virtud del Espíritu Santo? El Salvador les dijo a sus discípulos: “Cuando seáis llevados ante los magistrados o los reyes, no os preocupéis de cómo os defenderéis, ni lo que tenéis que decir, porque en aquel momento el Espíritu Santo os enseñará lo que debéis contestar. Imposible es sufrir el martirio por Cristo, si uno no es ayudado por el Espíritu Santo. Pues si es cierto que nadie puede decir Jesús si no es por el Espíritu Santo, mucho menos ha de ser posible el dar la vida por Jesucristo, sin él.

22. Cosa grande y admirable y omnipotente en sus dones es el Espíritu Santo. Mirad alrededor y ved cuántos estamos aquí. Pues él obra según le conviene a cada uno de nosotros; y estando en medio de todos, sabe cuáles son nuestras disposiciones particulares; ve nuestra conciencia y conoce lo que hablamos y pensamos. Admirable es esto que acabo de decir, pero aún es poco. Pues yo quisiera que ilustrada vuestra mente por él, vierais el número de cristianos que componen esta parroquia, y todos los de la provincia de Palestina. Ensanchad aún estos límites y extendedlos a todo el Imperio romano, y de aquí todo el mundo, es decir, a los Persas, a los Indos, a los Godos, a los Saurómatas, a los Galos, a los Hispanos, a los Moros, Afros y Etiópes, y a todos los demás pueblos cuyos nombres no sabemos; pues ciertamente hay muchos que para nosotros no son conocidos. Considerad en medio de cada una de estas naciones los obispos, los sacerdotes, los monjes, las vírgenes y todos los laicos, y ved al Director de todas estas almas cómo preside sus actos y les ofrece sus dones; cómo en todo el mundo, a éste le da la pureza, a aquél la virginidad, a éste la misericordia, al otro el deseo de pobreza, y finalmente a otros les confiere el poder de hacer huir a los demonios. Y así como la luz, con un solo rayo, todo lo ilumina, del mismo modo el Espíritu Santo comunica su luz a cuantos poseen ojos. Pues si alguno se

queja de no recibir su gracia, no debe acusar al Espíritu Santo, sino a su incredulidad.

23. Ya has visto el poder que ejerce en todo el mundo. No esté, pues, tu mente fija en la tierra, sino levántala a lo alto, sube con el pensamiento hasta el primer cielo y contempla allí a los innumerables miles de ángeles que allí habitan.

Esfuézate todavía por subir más alto, y mira a los arcángeles, a los espíritus, a las virtudes, a los principados, a las potestades, a los tronos y a las dominaciones, y a aquél que Dios les ha dado para ser su prefecto, su maestro y su santificador.

De El tuvieron necesidad Elías, Eliseo e Isaías, y hasta los ángeles Miguel y Gabriel. Ninguna de las criaturas creadas se le puede igualar en dignidad, pues todos los géneros de ángeles reunidos, por innumerables que sean, no pueden compararse con él, pues el poder del Paráclito a todos les hace sombra y les oscurece. Porque ellos son espíritus subalternos y como mandatarios, mas el Espíritu Santo escudriña lo más profundo de Dios como dice el apóstol: “El Espíritu Santo todo lo penetra, hasta lo profundo de Dios. ¿Pues quién de los hombres conoce lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así nadie conoce lo que hay en Dios, sino el Espíritu de Dios”.

24. El fue quien anunció a Cristo por los profetas y el que obró por los apóstoles; él quien hasta en nuestros días sella las almas de los que se bautizan.

El padre es el que da al Hijo, y el Hijo al Espíritu Santo. El mismo Salvador es quien lo dice: “Todo me ha sido entregado por mi Padre”, y del Espíritu Santo dice: “Cuando venga aquel Espíritu de verdad, él me glorificará, porque recibirá de mí, y os lo anunciará”.

El Padre todo lo da por el Hijo con el Espíritu Santo. No es que unos dones sean del Padre y otros los del Hijo, y otros los del Espíritu Santo, pues una sola es la salvación, uno el poder y una la fe. Un Dios, el Padre; un Señor, su Hijo, y un Espíritu Santo, el Paráclito. Y bástenos saber esto, sin inquietarnos más por saber su naturaleza o su sustancia. Pues si eso estuviese escrito, sí que lo diríamos; pero como no, no nos atrevamos a más. Para nuestra salvación nos es suficiente el saber que hay un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo.

25. Este es el mismo Espíritu que bajó, en tiempos de Moisés, sobre los setenta ancianos. (Que la prolijidad de mi discurso,

queridos, no os fatigue, y el mismo de quien hablamos nos conceda las fuerzas necesarias a mí, que hablo, y a vosotros, que me escucháis).

Como antes decía, éste es el mismo Espíritu que descendió sobre los setenta ancianos. Esto te lo digo para probar que todo lo conoce y que hace lo que quiere. Fueron escogidos setenta ancianos; “y bajó el Señor en la nube, y cogió del Espíritu que reposaba sobre Moisés y se lo impuso a los setenta ancianos”. Con esto no se dividió el Espíritu, sino que cada uno recibió su medida y capacidad.

De los setenta sólo había sesenta y ocho, los cuales profetizaron; pero Heldad y Modad estaban ausentes. Y para que se vea que no era Moisés el que daba esa gracia sino el Espíritu Santo, Heldad y Modad, que habían sido llamados, profetizaron también, a pesar de que no habían estado presentes.

26. Por esto se extrañó Jesús, hijo de Nave, y acercándose a Moisés le dice: “¿No has oído que Heldad y Modad son profetas también?” Fueron llamados y no acudieron: “Señor mío Moisés: prohibelos el profetizar”. Mas él le respondió: “No puedo prohibérselo, pues es una gracia celestial, y si yo también lo tengo, es por pura gracia”. Por lo demás no creo hayas dicho esto movido por la envidia, y que por mi bien hayas entrado en celos de que ellos profeticen mientras tú todavía no. Aguarda que venga el tiempo. Y ojalá que todo el pueblo del Señor profetizase y repartiese su Espíritu sobre todo él, cuando quisiese. Proféticamente añadió: “Cuando lo dé el Señor”. Porque todavía no lo ha dado, ya que tú no lo tienes. ¿Pero es que Abrahán, Isaac y Jacob no lo tuvieron, ni los que vivieron antes que ellos? Claras son las palabras de: *Cuando lo diere el Señor*; significando *sobre todos*.

Ahora la concesión de esa gracia es privada y restringida; pero entonces era abundante y muy extendida, porque entonces se significaba lo que en Pentecostés nos había de suceder a nosotros, como de hecho sucedió. Antes había bajado sobre muchos, pues está escrito: “Y Jesús, hijo de Nave, fue lleno del Espíritu de sabiduría; pues Moisés impuso las manos sobre él”.

Y como ves, la misma manera de comunicar la gracia que hay ahora, la había ya en el Antiguo Testamento. En tiempo de Moisés era comunicado el Espíritu por la imposición de las manos, y Pedro le daba también de la misma manera. También a ti, cuando

seas bautizado, ha de llegar esta gracia. Mas de qué modo se hará eso, no quiero decírtelo ahora, para no anticipar los misterios.

27. Este Espíritu es el que reposó sobre todos los justos y profetas como Enós, Enoch, Noé, Abrahán, Isaac y Jacob; y de que José tuviera el espíritu del Señor, ya lo advirtió el mismo Faraón. De Moisés y todos los portentos que hizo, ya lo has oído muchas veces.

También tuvo este mismo don el fortísimo Job y todos los demás santos que aquí no podemos enumerar. El Espíritu Santo fue quien les dio el don de inteligencia a Beseleel y a sus compañeros, para que pudiesen hacer el Tabernáculo.

28. En virtud de este mismo Espíritu, como lo leemos en el Libro de los Jueces, Otoniel hizo justicia, y Gedeón fue hecho poderoso entre sus enemigos, y Jepté alcanzó la victoria, y Dévora, siendo mujer, pudo dirigir la guerra. El mismo Sansón mientras era bueno y no contristaba al Espíritu Santo, hacía cosas que sobrepujaban a toda fuerza humana. De David y de Samuel sabemos claramente por el Libro de los Reyes, cómo profetizaban ellos y dirigían a los profetas. Samuel era llamado “el Vidente”. David no temió decir: “El Espíritu del Señor ha hablado en mí”; y en los salmos: “No retires de mí a tu Santo Espíritu”; y otra vez: “Tu buen Espíritu me llevará a una tierra llana”.

Y según leemos en los Paralipómenos, también animados por el Espíritu Santo, Azarías bajo el rey Asaf, y Oziel, bajo Josafat, y de nuevo otro Azarías, el que fue apedreado. Esdrás dice: “Les has dado a tu buen Espíritu para instruirles”. Y no digamos nada de Elías y Eliseo, verdaderos *Espiritíferos* y taumaturgos, los cuales estaban repletos del Espíritu Santo.

29. Si nos pusiéramos a recorrer los libros de los doce profetas y los de todos los demás, veríamos miles de testimonios acerca del Espíritu Santo.

Micheas en persona de Dios dice: “En verdad que he sido lleno de fortaleza por el Espíritu del Señor”, Joel clama: “Y después de esto, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre toda carne”, etcétera. Y Ageo dice: “Porque yo estoy con vosotros, dice el Señor Omnipotente, y mi Espíritu está en medio de todos vosotros”. Zacarías dice algo parecido: “Recibid mis palabras y mandatos, que yo os doy a mi Espíritu por medio de mis siervos los profetas”.

30. Escuchemos a Isaías, el heraldo principal: “Y reposará

sobre él el Espíritu de Dios; el Espíritu de sabiduría y de inteligencia; espíritu de consejo y fortaleza; espíritu de ciencia y de piedad, y será lleno del espíritu de temor de Dios”; con lo cual nos declara que el Espíritu es uno solo, con múltiples y variados efectos.

Y de nuevo: “Jacob, mi siervo..., yo pondré sobre él mi Espíritu”. Y “Pondré mi Espíritu sobre su descendencia”. Y “Ahora he sido enviado por el Señor Omnipotente y por su Espíritu”. Y he aquí la alianza que yo haré con ellos, dice el Señor: mi Espíritu que está sobre ti; y el Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido. Y cuando reprende dice: “Ellos fueron desobedientes e irritaron a su Espíritu Santo”; y, ¿dónde está el que puso sobre ellos el Espíritu Santo?

Si todavía no te has cansado de oír, mira lo que dice Ezequiel: “El Espíritu del Señor cayó sobre mí, y me dijo: esto dice el Señor”. Eso de *cayó sobre mí* hay que entenderlo bien, pues significa el espíritu de caridad y de clemencia; y así se dice que cuando Jacob encontró a José, “cayó sobre su cuello”; y en el Evangelio leemos que aquel buen padre, al ver al hijo pródigo que volvía a casa, movido de misericordia, cayó sobre su cuello y le besó.

De nuevo dice Ezequiel: “Me llevó a tierra de los caldeos, a los cautivos en visión y en Espíritu de Dios”. También dice otras cosas que ya has oído cuando explicamos lo del bautismo, como, por ejemplo: “Y derramaré sobre vosotros agua limpia, y os daré un corazón nuevo y un espíritu nuevo”. Y otra vez dice: “Y fue sobre mí la mano del Señor y fui llevado por el Espíritu del Señor”.

31. El mismo Espíritu fue el que hizo saber al joven Daniel para que fuese juez de los ancianos. Susana había sido condenada como impúdica, y al no haber ningún juez, ¿quién la hubiese librado de los príncipes del pueblo? Ya era conducida a la muerte y estaba en las manos de los verdugos. Pero al punto se presenta el auxiliador, el Paráclito que santifica a todo hombre. “Te hallas aquí, dice a Daniel, y aunque joven vas a reprender a los ancianos infectados de los pecados de los jóvenes”. Y así dice la Escritura: “Suscitó Dios al Espíritu Santo en un jovencuelo”. Y para decirlo en dos palabras, por la sentencia de Daniel fue libertada aquella casta mujer. Hemos resumido ese ejemplo para no extendernos demasiado en nuestra exposición.

También Nabucodonosor conoció que Daniel poseía al Espíritu Santo, pues le dice: “Daniel, príncipe de los encantadores, he

conocido que el Espíritu Santo de Dios está en ti". Con eso afirmó dos cosas: una, verdadera, y otra, falsa. Pues era cierto que poseía el Espíritu Santo, mas no era el príncipe de los encantadores, puesto que no era mago, sino sabio por el Espíritu Santo. Ya antes le había explicado la visión de la estatua, de lo que no se acordaba el mismo que la había tenido. Y así le dice: "Dime el sueño que he tenido, porque no lo sé". Nota aquí el poder del Espíritu Santo hasta dónde llega, pues no sabiéndolo los que debieran saberlo, tiene que ser interpretado y conocido por los que no lo conocieron.

32. De buena gana seguiría recogiendo más testimonios del Antiguo Testamento, para explicar mejor cuanto se refiere al Espíritu Santo; pero he de omitirlo por causa del poco tiempo que nos queda y por no abusar de vuestra atención.

Por lo cual, contentos ya con los testimonios que hasta aquí hemos aducido del Antiguo Testamento, iremos al Nuevo en la siguiente catequesis, para la explicación que nos resta sobre este mismo tema.

Y el Dios de la paz os colme a todos de sus bienes espirituales y celestiales, por Nuestro Señor Jesucristo, y por el Amor del Espíritu Santo a quien sea dado la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

CATEQUESIS DECIMOSEPTIMA A LOS ILUMINANDOS

Del Espíritu Santo

(Continuación)

Sobre las palabras: "A éste le es dado por medio del Espíritu Santo el don de sabiduría..." (I Cor., XII, 8.)

1. En la anterior catequesis ya os dimos, en cuanto nuestras fuerzas lo permitieron, unos cuantos testimonios relativos al Espíritu Santo, y en ésta os daremos a conocer, cuanto nos sea permitido, y con la ayuda de Dios, los que nos restan del Nuevo Testamento.

En la pasada catequesis, por no excedernos, tuvimos que acortar bastante nuestro relato (ya que acerca del Espíritu Santo hubiéramos podido estar hablando hasta el infinito), y en ésta vamos a hacer lo mismo, contentándonos con sacar algunos testimonios solamente. Por lo demás, yo os confieso ingenuamente mi debilidad, pues es cierto que me agobiaría si quisiera sacar todo cuanto es posible de la Sagrada Escritura.

Y hoy tampoco vamos a echar mano de los medios del razonamiento humano (pues esto de ningún modo conviene), sino que no haremos otra cosa que presentaros los textos de la Escritura, porque esto es lo más seguro, según lo dice el Apóstol: "Lo que os predicamos no lo hago con la oratoria que usa la sabiduría humana, sino con el modo de enseñar del Espíritu Santo; es decir, tratando espiritualmente las cosas espirituales".

Nosotros hacemos lo que los viajeros y los navegantes, que, a pesar de tener un gran deseo de llegar pronto al término de su viaje, la debilidad humana les obliga a hacer algunas paradas en las ciudades o en los puertos.

2. Aunque lo que hablemos del Espíritu Santo pueda considerarse bajo muchos puntos de vista, él siendo uno y el mismo, siempre permanece indivisible. Al hablar del Padre le hemos considerado ya en su suprema Monarquía, ya en su paternidad, ya en su poder, o, ya finalmente, como creador; y a pesar de haberle considerado bajo todos estos diferentes aspectos, no hemos creado varios seres ni hemos hecho ninguna división en el dogma; pues ha quedado uno, tal como nuestra religión nos lo enseña. Y cuando hablamos de Nuestro Señor Jesucristo, no sólo discutimos sobre el tema de su divinidad, sino lo concerniente también a su humanidad, y a pesar de recorrer tantos temas, siempre predicamos una misma fe indivisa en él, pues así ahora, aunque nos tengamos que dividir las catequesis al hablar del Espíritu Santo, hemos de sostener la misma fe indivisible en él. Pues uno y siempre el mismo es el Espíritu que distribuye sus dones a cada cual, según le place, quedando a la vez él indivisible. Porque no es uno el Paráclito y otro el Espíritu Santo, sino uno y el mismo, aunque con distintos nombres. El vive y subsiste, obra y santifica a todos los seres dotados de razón que Dios ha creado por su Hijo, ya sean ángeles, ya sean hombres.

3. Y para que algunos, llevados por su ignorancia o confundidos por la diversidad de nombres que recibe el Espíritu Santo, no crean que existen varios Espíritus Santos, la Iglesia católica, siempre solícita de nuestra seguridad, ha puesto en el Símbolo: “En un santo Espíritu Paráclito que habló por los profetas”, a fin de que te des cuenta que los nombres pueden ser varios; pero uno el Espíritu Santo. De los muchos nombres, pues, que tiene, sólo vamos a recordar algunos.

4. Es llamado *Espíritu*, según aquello que se ha leído. “A éste le es dado por el Espíritu Santo el don de sabiduría”. También es llamado Espíritu de verdad por lo que dice el Salvador: “Cuando venga aquel Espíritu de verdad”. Se le llama Paráclito porque el mismo Señor dice: “Si yo no me marcho no vendrá el Paráclito a vosotros”. Y que el Espíritu Santo sea una misma cosa, aunque con distintos nombres, se va a ver claramente por lo

que voy a referir. San Juan escribe: “Aquel Paráclito que es el Espíritu Santo”. Y en otra parte, le llama Espíritu de verdad según aquello de: “Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de mi Padre, Espíritu de verdad...” También se llama Espíritu de Dios: “Vi al Espíritu de Dios que bajaba”. Y de nuevo: “Los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos son los hijos de Dios”. También es llamado Espíritu del Padre: “No seréis vosotros los que hablaréis, sino que el Espíritu del Padre será quien hable por vosotros”. Y lo mismo dice San Pablo: “Doblo mis rodillas ante el Padre... para que seáis corroborados por su Espíritu...” San Pedro le llama Espíritu del Señor: “¿Para qué conspiráis entre vosotros y tentáis al Espíritu del Señor?” Y San Pablo, Espíritu de Dios y de Cristo: “Vosotros no vivís según la carne, sino con el Espíritu; esto sí es que el Espíritu de Dios habita en vosotros, pues si alguno no tiene en sí el de Cristo, ese tal no es de él”. También es llamado Espíritu del Hijo de Dios: “Y porque sois hijos os envió Dios al Espíritu de su Hijo”. Finalmente es llamado Espíritu de Cristo: “Habiendo examinado cómo y cuándo el Espíritu de Cristo se manifestará en ellos”; y de nuevo: “Por vuestra oración y el don del Espíritu de Jesucristo”.

5. Todavía hallarás otros muchos nombres del Espíritu Santo, pues a veces es llamado Espíritu de santificación: “Según el Espíritu de santificación”. Asimismo es llamado Espíritu de adopción: “Pues no habéis recibido el espíritu de servidumbre con temor, sino el Espíritu de adopción por el cual clamamos Abba Padre”. Otras veces es llamado Espíritu de revelación: “Que os dé el Espíritu de sabiduría y de revelación para que le conozcáis...” Al creer en él fuisteis marcados con el sello del Espíritu de promisión.

También es llamado Espíritu de gracia, según aquello de: “El que haya ultrajado al Espíritu de gracia”; y así es designado el mismo Espíritu con otros diferentes nombres. Por la anterior catequesis puedes ver que en los salmos unas veces se le llama Espíritu *bueno* y otras *principal*; e Isaías le llama el Espíritu de sabiduría, de inteligencia, de fortaleza, de consejo, de piedad, de ciencia y de temor de Dios. Por todo lo cual se puede colegir que, a pesar de todos esos nombres, no hay más que uno y siempre el mismo Espíritu Santo viviente y subsistente, y siempre presente con el Padre y con el Hijo; y no es que sea producido por la palabra o el aliento del Padre o del Hijo, ni difundido en el aire, sino

que está dotado de personalidad propia y él mismo obra, y habla, y gobierna y santifica; pues como ya hemos dicho antes, su acción por nuestra salud no puede menos de ser una, indivisible y con-corde con la del Padre y la del Hijo. Por todo lo cual yo quisiera que se os grabara en vuestra mente cuanto hemos dicho y supie-seis que es el mismo Espíritu Santo del Antiguo y del Nuevo Testamento, y no fue otro el que habló por los profetas, que el que inspiró a los apóstoles.

6. Este es el Espíritu Santo que fecundó el seno de María. Pues cuando el Hijo único de Dios era concebido, la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra y bajando sobre ella el Espíritu Santo la santificó, para hacerla digna de llevar en sus entrañas a Aquél por quien todo fue creado. No tengo que explicarme mucho para que podáis comprender que esta generación estuvo exenta de toda mancha y contaminación, pues ya lo sabéis. Gabriel la dijo: “De todas las maravillas que se han de obrar yo no soy más que un simple mensajero; y aunque soy arcángel, sé por mi rango y por mi oficio que estoy al margen de todo ello. Yo os saludo y os invito a regocijaros; mas como se efectuará tu maternidad, esto no me ha sido a mí confiado. Solamente sé que el Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra y lo Santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios”.

7. Este es el Espíritu Santo que mostró su poder con Santa Isabel, pues no solamente ayuda a las vírgenes, sino también a las casadas, con tal que lo estén en legítimo matrimonio. Y fue llena del Espíritu Santo Isabel, y profetizó diciendo esta ilustre sierva de su Señor: “¿De dónde a mí, el que venga a verme la madre de mi Señor?” Con esto se predijo a sí misma dichosa Isabel.

Del mismo Espíritu Santo fue lleno Zacarías, el padre de San Juan, y también profetizó que aquel Unigénito había de ser causa de muchos bienes, y que Juan habría de ser su precursor por el Bautismo.

¡ Igualmente aquel Justo Simeón fue avisado por el Espíritu Santo de que no vería la muerte antes de conocer al Ungido del Señor. Y al tomarle en sus brazos en el templo profetizó claramente cuanto se refería al Salvador.

8. Juan, que fue repleto del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, fue santificado para que más tarde bautizase al

Señor. Pero su bautismo no confería al Espíritu Santo, sino que simplemente anunciaba al que luego le había de conferir.

El dice: “Yo os bautizo en el agua para disponeros a la penitencia; mas el que ha de venir después de mí, ése os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego”. ¿Por qué en el fuego? Porque el Espíritu Santo había de bajar en figura de lenguas de fuego. Por lo cual dice gozoso el Señor: “He venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que sea abrasada?”

9. En el bautismo del Señor descendió el Espíritu Santo, para que se viese la dignidad del que es bautizado, según lo que dice San Juan: “El que me envió a bautizar en el agua me dijo también: Aquel sobre quien vieres bajar el Espíritu, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo”.

Y mira lo que dice el Evangelio: “Los cielos fueron abiertos”, es decir, se abrieron por la dignidad del que bajó. “He aquí que los cielos se abrieron y vi al Espíritu de Dios que bajó como una paloma y se posó sobre él”. Y ese descenso se obró por su propia y sola voluntad.

Como algunos han interpretado, convenía que la humanidad del Señor fuese la primera que gozase de las primicias y dones de que son enriquecidos cuantos salen de las aguas del bautismo. Y bajó en figura de paloma como símbolo de la pura y simple inocencia que él habría de dar un día a sus hijos regenerados y limpios de sus pecados; como ya fue enigmáticamente predicho en el Cantar de los Cantares, mostrando la hermosura de sus ojos: “Tus ojos son como los de las palomas que vuelan sobre la superficie de las aguas”.

10. Según piensan algunos, aquella paloma de la historia de Noé era en cierto sentido figura de ésta. Porque así como entonces los hombres se salvaron por el leño y el agua, y comenzó una nueva generación, y la paloma volvió por la tarde con un ramo de olivo verde, así el Espíritu Santo bajó sobre el verdadero Noé, autor de la segunda generación; porque del mismo modo que Noé reunió en el arca a toda clase de animales, él habría de hacer otro tanto con toda la diversidad de razas y de voluntades de los hombres. A la venida del segundo Noé, se ha visto a los lobos racionales pacer juntamente con las ovejas; y al toro, al ternero y al león comer juntos también; es decir, que hemos visto a los príncipes de este mundo ser conducidos y guiados por los varones de la Iglesia.

Bajó, pues, el Espíritu Santo en el momento del bautismo, para demostrar que era el mismo el que en el árbol de la cruz trajo la salvación a todos los creyentes; que el que, por la tarde, con su muerte, había de salvar a todos los hombres.

11. Aún podríamos dar otras razones sobre eso mismo. Pero dejemos hablar al mismo Salvador sobre el Espíritu Santo: “En verdad os digo que si alguno no vuelve a nacer por el agua y el Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos”. Y que esa gracia sea del Padre lo muestra diciendo: “Con cuánta más razón el Padre que está en los cielos daría el Espíritu Santo a los que se lo pidan”. Y de que el Padre haya de ser adorado en espíritu dice: “Y vendrá un tiempo, y es ahora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre busca quienes le adoren así. Dios es espíritu y los que le adoran le deben adorar en Espíritu y en verdad”.

Y otra vez dice: “Si yo arrojo los demonios en el Espíritu de Dios...” Y en lo que sigue: “Por esto os digo que todo pecado o blasfemia será perdonado al hombre; mas la blasfemia contra el Espíritu no se le perdonará. Y el que blasfemare contra el Hijo del Hombre será perdonado; mas el que blasfemase contra el Espíritu Santo, no lo será ni en este mundo ni en el otro”.

De nuevo dice: “Yo rogaré al Padre y os enviará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre; al Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, y a quien no le ve ni le conoce. Mas vosotros sí que conocéis, porque mora en vosotros y con vosotros estará... Esto os he dicho mientras he estado con vosotros; pero el Espíritu Santo a quien el Padre enviará en mi nombre, ése os enseñará todo... Y: Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré... Y: Si yo no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros... Y: Cuando venga el Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad”. He querido leer todas estas palabras del Señor, para que no atiendas más a las de los hombres.

12. Los apóstoles recibieron la comunicación del Espíritu Santo, según lo que está escrito. Y como dijese esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid al Espíritu Santo; a quienes les perdonáreis sus pecados, le serán perdonados, y a quienes se les retuviéreis, retenidos serán”. Esta segunda insuflación fue necesaria, porque la primera había quedado oscurecida por los pecados voluntarios de los hombres. Además, que se debía cumplir lo que

escrito: “Subió y sopló sobre tu rostro para librarte de la tribulación”. ¿Por qué dice *subió*? Porque subió de los infiernos. Pues dice el Espíritu Santo que después de su resurrección sopló sobre ellos. Mas no sólo dará la gracia en ese tiempo, sino que a ese favor añadirá otros mucho más abundantes. Por esto les dice a los apóstoles: “Dispuesto a daros miles de gracias; pero el vaso ya no puede recibir más: así es que recibid la gracia de que sois capaces ahora y esperad otras mayores para más tarde. Quedaos en Jerusalén hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto. Ahora recibid una parte, luego recibiréis todo; porque el que recibe, de ordinario no recibe más que una parte de lo que se le da; mas el que es revestido, queda rodeado con el vestido por todo el cuerpo”.

No temáis, pues, las armas y dardos del diablo, pues llevaréis la virtud del Espíritu Santo. Acordaos de lo que anteriormente os decíamos: que el Espíritu Santo no se divide, sino la gracia que por él se distribuye a todos.

13. Jesús, al subirse a los cielos, cumplió lo prometido, pues les había dicho: “Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito”. Los apóstoles estaban esperando la venida del Espíritu Santo, cuando he aquí que se cumplieron los días de Pentecostés, en esta misma ciudad de Jerusalén (pues ya sabéis que esto es prerrogativa nuestra, y que hablamos, no de cosas que han pasado en otros países, sino de los bienes que se nos dieron en nuestra misma ciudad). Así es que mientras se cumplían los días de Pentecostés, estaban los apóstoles reunidos, y entonces bajó el Espíritu Santo, custodio y santificador de la Iglesia, director de las almas, patrón de los que navegan en medio de las tempestades, norte y guía de los que yerran, árbitro de los que pelean y coronador de los vencedores.

14. Bajó del cielo a bautizar a los apóstoles y revestirlos de su fortaleza. El Señor les había dicho: “Vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo después de algunos días”. Y no es que recibiesen una gracia menguada, sino un poder y una gracia llena y completa. Pues así como el que se bautiza y es sumergido el agua le cubre por todas partes, así ellos al ser bautizados en el Espíritu Santo fueron envueltos totalmente por él. Y el agua no toca más que lo exterior del cuerpo; pero el Espíritu Santo penetra y recorre todos los repliegues de nuestra alma. Y de esto no hemos de admirarnos, pues para que se vea claro voy a poner un ejemplo bien palpable, aunque parezca vulgar. Así como el fuego al pene-

trar en el hierro todo lo hace fuego y lo que antes era metal frío lo convierte en caliente, y lo negro y oscuro lo pone brillante y luminoso, y esto hace sin ningún obstáculo ni dificultad. ¿qué de admirar es que el Espíritu Santo pueda penetrar en el alma?

15. Y para que la sublimidad de la gracia que bajaba no quedase ignorada de los hombres, entonces sonó como una celestial trompeta. “Pues de repente se produjo como un sonido del cielo a manera de viento impetuoso, precursor de Aquél que había de enseñar a los hombres a conquistar con violencia el reino de los cielos; y para que los ojos viesan las lenguas de fuego y los oídos oyesen el sonido. Y llenó toda la casa donde estaban sentados”. Aquella casa fue convertida en morada de aquella ola espiritual: los discípulos estaban sentados, y toda la casa quedó repleta; al ser bautizados fueron sumergidos completamente, según la promesa, y revestidos de alma y cuerpo con un vestido divino y salvable. “Y aparecieron unas como lenguas de fuego, que se dividieron sobre cada uno de ellos, y fueron todos llenos del Espíritu Santo”.

Recibieron un fuego, no que quemaba, sino salvable, y apto para quemar las espinas de los pecados y volver el alma brillante y hermosa.

También dentro de poco ha de venir a vosotros, y al consumir y abrasar las espinas de vuestros pecados, ha de poner vuestra alma brillante y preciosa, y al igual que a los apóstoles os dará también la gracia.

El Espíritu Santo se posó sobre sus cabezas en figura de lenguas de fuego, como para ceñir sus cabezas de una diadema espiritual, pues así como aquella espada de fuego impedía la entrada del paraíso, así una lengua de fuego conciliadora de la salvación, devolvería aquellos derechos al género humano.

16. “Y comenzaron a hablar en varias lenguas, según la facultad que les daba el Espíritu Santo”. Y así Pedro y Andrés, que eran galileos, hablaban en la lengua de los persas y los medos; y Juan y los demás apóstoles hablaban en las lenguas de todos los que de diferentes países allí se encontraban, pues no solamente ahora es costumbre de que aquí se reúnan gentes de todas las naciones, sino ya en aquellos mismos tiempos.

¿Dónde se ha visto jamás un sabio tan grande que sólo con su ejemplo infunda su doctrina en las cabezas de sus oyentes? Cuán-

tos años no empleamos nosotros en aprender la Gramática y las demás artes, para no llegar más que a aprender el griego, y aun esto con mucha desigualdad unos de otros. Porque el retórico, puede ser que llegue a hablar elegantemente, y el gramático, a pesar de toda su pericia en la Gramática, puede ser que no siempre agrade, por no saber las disciplinas filosóficas. Mas el Espíritu Santo les enseñó tantas lenguas que aquellos hombres no las hubieran podido aprender en toda su vida. Esto sí que es verdaderamente una gran sabiduría y un poder divino. Porque, ¿qué comparación se puede hacer entre aquella rudeza de los apóstoles y esta exhibición repentina e inusitada de hablar en muchas lenguas?

17. Y en toda aquella multitud que les oía se obró una confusión muy distinta de aquella mala confusión de Babilonia, pues aquella confusión de lenguas era a la vez de inteligencia y voluntades, porque se trataba de un pensamiento contra Dios; en cambio, aquí las sentencias estaban concordes, porque era un piadoso deseo el que se preparaba.

Por el mismo camino por el que se introdujo el desorden, se volvió de nuevo a poner el orden. Aquí se admiraban, diciendo: ¿Cómo les entendemos hablando ellos otras lenguas? Nada es de extrañar, aunque vosotros lo ignoréis. Porque también Nicodemus ignoraba la venida del Espíritu y a él mismo se le dijo: “El Espíritu se presenta donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va”. Pues si, a pesar de oír su voz, no sé de dónde viene, ¿cómo podré explicarme su naturaleza íntima?

18. Otros decían en son de burla: “Estos están llenos de mosto”. Y, aunque en bromas, decían la verdad, porque verdaderamente era un vino nuevo: era la gracia del Nuevo Testamento; era el vino nuevo de la viña espiritual, que ya había dado fruto en tiempo de los profetas y ahora volvía a germinar en el Nuevo Testamento. Pues así como, por ejemplo, la viña siempre es la misma, y según el cambio de los tiempos suele dar nuevas cosechas, del mismo modo el Espíritu Santo, permaneciendo siempre el mismo, con los profetas demostró su virtud, y ahora desenvuelve una energía prodigiosa que a todos nos admira.

Antes se les dio a nuestros padres la gracia suficiente y necesaria; pero ahora, con una gran exuberancia; entonces recibían una participación del Espíritu Santo; ahora, en cambio, son sumergidos y bautizados en el Espíritu Santo.

19. Mas Pedro que estaba lleno del Espíritu Santo sabía lo que tenía y les dice: “Varones israelitas que leéis mucho a Joel y no le entendéis, no están éstos ebrios del modo que vosotros pensáis, pues aunque sí que están ebrios, no es tal cual vosotros os lo imagináis, sino como está escrito: “Serán embriagados por la abundancia de tu casa y por el torrente de tus delicias”. Están ebrios con una sobria embriaguez que mata al pecado y alegra el corazón; con una embriaguez muy distinta y contraria a la del cuerpo. Pues así como ésta nos hace olvidar hasta las cosas que conocemos, la otra, en cambio, nos da el conocimiento de las que no sabemos. Están ebrios por haber bebido de la vid espiritual, la cual dice: “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos”.

Si dudáis de mis palabras, el tiempo os hará comprender lo que ahora os digo. Es, pues, la hora de tercia, es decir, las nueve de la mañana. Y como dice San Marcos, a esa misma hora fue Cristo crucificado, y en esa misma El envió la gracia que había prometido; ahora bien, la gracia del uno no puede ser distinta de la del otro. Si queréis ver el testimonio del profeta, oíd. Esto es lo que dice el profeta Joel: “Sucederá en la venida de los tiempos, dice Dios, que derramaré mi espíritu sobre toda carne”. Esa palabra derramaré significa una gran abundancia, porque Dios no da con medida su Espíritu, y como dice San Juan: “El Padre ama a su Hijo y todo lo ha puesto en sus manos”. Por lo tanto, le ha dado también el poder de dar la gracia de su santo Espíritu a quienes él lo quiera.

“Derramaré mi Espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas”. Y: “Derramaré mi Espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas, y profetizarán”. El Espíritu Santo no mira a las personas ni busca las dignidades, sino la piedad del alma. Por lo tanto, que no se enorgullezcan los ricos ni se entristezcan los pobres, sino que cada cual se prepare para recibir la gracia celestial.

20. Mucho es lo que ya hemos dicho hoy, y por esto quizá estéis un poco cansados de escuchar; pero aun nos quedan muchas cosas por decir, y para terminar esta doctrina del Espíritu Santo necesitaríamos tener otra tercera catequesis. Pero dispénsenos por ambas cosas; y como la fiesta de la santa Pascua está ya muy próxima, hemos querido alargarnos hoy un poco más, a pesar de lo cual todavía no he podido sacar todos los testimonios del

Nuevo Testamento. Pues aún nos quedan muchos de los Hechos de los apóstoles, por los cuales vemos cómo la gracia obró maravillosamente en Pedro y en todos los demás apóstoles, y lo mismo digo de las epístolas católicas y de las catorce de San Pablo, de las cuales iremos ahora sacando algunos textos, como si fueran flores de un hermoso prado.

21. Pedro, por la virtud del Espíritu Santo y sostenido por la voluntad del Padre y del Hijo, se puso en pie con los once apóstoles, y levantando la voz, según aquello de: “Eleva fuertemente la voz, tú que evangelizas a Jerusalén”, y con la red espiritual de sus palabras, ganó para Cristo cerca de tres mil almas. La gracia que obraba entonces en todos los apóstoles era tan grande que muchos de aquellos judíos que habían crucificado a Cristo creyeron, se hicieron bautizar y permanecieron en la doctrina y comunicación con los apóstoles.

Con la misma virtud del Espíritu Santo, Pedro y Juan, como subiesen al templo a la hora de nona y viesan al cojo de nacimiento que se ponía siempre delante de la puerta Hermosa, le dieron la curación para que se cumpliese lo que está escrito: “Entonces el cojo saltará como el gamo”. Y con este motivo, lanzando de nuevo la red de la palabra, convirtieron a cinco mil oyentes, y convencieron de su error a los principales del pueblo y a los sumos sacerdotes; logrando todo esto, no por virtud de su sabiduría, puesto que eran rudos e iletrados, sino por el poder del Espíritu Santo, según dice San Lucas: “Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo”. Y la operación del Espíritu Santo por medio de los apóstoles fue tanta sobre todos los creyentes, que entre todos ellos no había más que un solo corazón y una sola alma, y una comunidad de bienes; porque cada uno de ellos ponía a los pies de los apóstoles el precio de sus posesiones, y así es que no había entonces ningún necesitado. Y cuando Ananías y Safira quisieron engañar al Espíritu Santo, recibieron prontamente su justo castigo.

22. Por lo demás, los apóstoles seguían haciendo multitud de milagros y prodigios delante del pueblo, y tanta era la gracia del Espíritu Santo de que estaban rodeados, que, aunque de carácter sencillo, causaban temor a sus enemigos (pues muchos de ellos no se les atrevían a juntar y, en cambio, el pueblo les aplaudía), y una multitud de hombres y de mujeres que creían en el Señor, se iban tras de ellos, y se llenaban las plazas de enfermos, que eran ex-

puestos en sus lechos, para que al pasar Pedro les tocara al menos su sombra; por lo cual, verdaderas multitudes de las ciudades vecinas venían a Jerusalén trayendo a los enfermos y poseídos del demonio, los cuales eran todos curados por la virtud del Espíritu Santo.

23. De nuevo los apóstoles, por causas de la predicación de Jesucristo, fueron encarcelados por los Príncipes de los Sacerdotes, y al poco tiempo sacados por un ángel, contra toda vigilancia, por la noche; mas echados otra vez del templo, fueron llevados al Tribunal, proclamando intrépidamente cuanto se refería a Cristo, y dando por única respuesta que Dios había dado su Espíritu Santo a los que le obedecían; y por más que le golpeaban con varas, ellos marchaban gozosos y no cesaban de enseñar y evangelizar a Cristo Jesús.

24. La gracia del Espíritu Santo no solamente fue eficaz en los doce apóstoles, sino también en los hijos primogénitos de la Iglesia, es decir, en los siete primeros diáconos. Pues como dice San Lucas, fueron elegidos unos varones llenos de sabiduría y del Espíritu Santo.

Uno de ellos fue Esteban, primicia de los mártires y dignamente llamado así, pues su nombre significa corona; el cual, lleno de fe y del Espíritu Santo, hacía grandes prodigios en el pueblo y abatía a cuantos se ponían a disputar con él, pues nadie podía resistir la sabiduría y el Espíritu Santo que hablaba por su boca.

Mas un día, arrastrado por la calumnia y conducido ante los tribunales, apareció allí con un rostro verdaderamente angelical. (Pues todos los que estaban en el concilio y le miraban creían estar en presencia de un ángel.) Y después de haber refutado con una elocuente apología a los incircuncisos judíos, duros de cerviz, y que siempre resisten al Espíritu Santo, vio los cielos abiertos y al Hijo del Hombre que estaba a la diestra de Dios; y esto lo vio, no por su propia virtud, sino que, como dice la Escritura: "Como estuviese lleno del Espíritu Santo, teniendo los ojos fijos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús a la derecha del Padre".

25. Con la misma virtud del Espíritu Santo, también Felipe, que se hallaba en Samaría, arrojaba en el nombre de Cristo a los demonios, que salían clamando, y curaba a los ciegos y paralíticos, y así ganaba para Jesucristo las grandes multitudes que se iban convirtiendo. Lo cual, visto por San Pedro y Juan, se acerca-